

Reflexiones acerca de la identidad germana

Por ENRIQUE GUARNER

ALEMANIA consiste en un área que ocupa una posición central en el norte de Europa y que recientemente ha dado lugar a la unificación de las Repúblicas Federal con la Democrática.

Se podría decir que la Alemania moderna fue creada por el canciller Otto von Bismark en 1871, cuando formó una confederación dirigida por Prusia a la que se le unieron Bavaria, Wüttemberg y Baden. El rey de Prusia adquirió el título de Emperador y se transformó en el sucesor del imperio Sacro-Romano instituido en 962 por Otto de Sajonia.

En realidad Bismark con su brutalidad e indiferencia hacia la justicia, determinó en buena parte el carácter germano. Su influencia para construir el primer Reich engendró al principio la antipatía del pueblo, pero hacia 1866 con sus éxitos militares ésta se transformó en admiración ambivalente y en 1890 con su aparatosa caída surgió la leyenda del «Canciller de hierro». Tal vez su mito dio lugar al autoritarismo alemán y a que nunca haya existido facilidad para la comunicación o liberalismo entre los alemanes y las figuras paternas.

El desarrollo germánico a fines del siglo pasado trajo como consecuencia la primera guerra mundial y la derrota final de los poderes centrales con la abdicación de Guillermo II.

La promisoría República de Weimar fracasó por razones económicas y en 1933 los nazis ganaron mayoría en la legislatura y su líder Adolfo Hitler se convirtió en un dictador monstruoso. Entre 1934 y 1939 construyó grandes carreteras para mover sus tropas y sin respetar el Tratado de Versalles rearmó el país. Desde que ascendió al poder persiguió a los liberales y a los judíos a los que torturó en sus campos de concentración. En septiembre del último año citado invadió a Polonia, posteriormente a Noruega, Dinamarca, Francia, los países de los Balcanes y finalmente la URSS. Afortunadamente para el mundo este déspota fue finalmente derrotado en 1945.

En la actualidad Alemania está gobernada por un sistema parlamentario o Bundestag, el cual es elegido por sufragio universal y a partir del 23 de mayo de 1949 cuenta con una Constitución o «Ley básica» que rige al país.

El carácter alemán

Los pueblos germánicos han desempeñado papeles diversos a lo largo de la historia. De bárbaros en la antigüedad, forjaron el orden dentro del caos que fue la Edad Media, pero poco después el territorio se desintegró en un centenar de estados minúsculos hasta que como citó arriba Bismark los unificó.

Alemania ha dado grandes figuras al mundo: Bach, Beethoven y Wagner en música, Goethe y Heine en literatura; Kant, Nietzsche y Schopenhauer en filosofía. Virchow, Koch y Ehrlich en medicina. Röntgen, Plank y Einstein en la ciencia; Durero y Holbein en el arte y por si fuera poco Gutenberg en la industria y Lutero en la religión.

Sin embargo, Alemania simboliza la tragedia con un pueblo que puede ser constructivo y genial o monstruoso y destructivo, que termina por hacer daño a quienes les rodean. Solamente los niños que han nacido a partir de los cincuenta podrán optar por otro tipo de conducta y sabrán liberarse de su pasado.

En su «Historia de las Galias» que data del año 58 antes de J.C., Julio César describía a los germanos de la siguiente manera: «Desde su infancia sólo se interesan por la caza y la guerra. Es por ello que se dedican a endurecerse físicamente, detestan la paz, desprecian las artes; son violentos y apasionados. Además, por ser menos ingeniosos que los galos aprender las cosas con mayor dificultad.»

En el siglo I de nuestra era Cornelio Tácito los retrataba «con cuerpos blancos, ojos vivos azules y cabellos de un rubio rojizo». Para el historiador romano «la Germania constituye una masa de hombres que perpetuamente están en pie de guerra. Sus pueblos son campamentos o acantonamientos militares donde en la vida social imperan las armas. Siempre se encuentran en conflicto con el extranjero o los unos con los otros y tan pronto conquistan alguna tierra, buscan otra nueva. A sus ojos les da pereza e inercia adquirir con sudor aquello que pueden tomar con la sangre.»

Sin embargo, por razones desconocidas algunos autores «germanófilos» decidieron hallar en las invasiones de los bárbaros aspectos dignos de idealizarse. Tal vez pensaron en la corrupción que trajo aparejada la declinación del imperio romano y descubrieron ciertas virtudes en un pueblo que por todos conceptos estaba más atrasado y carecía de instituciones originales. Incluso se han imaginado que la ausencia de ídolos o divinidades les daba una cierta inocencia, cuando en el fondo ni siquiera habían alcanzado la etapa del politeísmo y encontraban la superstición bajo la rama de cualquier tipo.

Lo que sin duda podemos afirmar es que un clima frío y brumoso desarrolla un carácter introvertido con una alegría bastante pesada y sentimiento de melancolía. Esta situación meditativa y la observación del lado sombrío de las cosas desencadena una tendencia negativa. Es por ello que los alemanes suelen enemistarse con todos los que les rodean. Sienten aversión contra los judíos, detestan a los polacos, aborrecen a los rusos y hasta parecen sentir que los latinos invaden sus fronteras, por lo que consideran a los franceses como sus enemigos hereditarios.

El gran poeta Heine llegó a expresar: «los alemanes son más rencorosos que los pueblos de origen romano». El mismo Heinrich von Treitschke quien era un apologista de su pueblo, escribió en su gran «Historia del siglo XIX»: «nos creen flemáticos, pero en el fondo somos la nación más resentida.»

En «Más allá del bien y del mal» que fuera publicado en 1886, Federico Nietzsche señalaba que bajo la aparente profundidad alemana se esconden un montón de elementos informes insondables. El filósofo ve en su pueblo algo absurdo, «un conjunto de seres contradictorios, ondulantes, sorprendentes y hasta terroríficos. ¡Que proximidad de lo noble con lo vulgar!». Otra característica de la que se habla poco dice Nietzsche es que «El alma alemana tiene pasillos, galerías, hay en ella cavernas, escondites y reductos, porque ellos parecen regodearse con lo que es misterioso.»

Si se resume la impresión de estos pensadores diríamos que el típico germano presenta un carácter obsesivo por lo que trata de establecer un sistema de relaciones bien organizadas dentro de una familia jerárquica determinada provocando el servilismo de quienes le rodean.

El mismo Immanuel Kant observaba una inclinación natural en los alemanes entre «el que debe mandar y aquellos que le tienen que obedecer, con lo cual se establece la escala de amos con los esclavos. Derivados de lo anterior son los comentarios que la esposa de Alfred Sidgwick escribía en su libro «Homelife of germans» publicado en 1908. La autora señalaba: «Las mujeres alemanas son tan sometidas ante sus señores, pero el tono de su voz cuando se refieren a su «Herren» resulta suficiente para que cualquiera francesa, inglesa o norteamericana desencadenara una verdadera revolución». Conoció a una dama que tenía que pedirle permiso a su esposo para cenar con él, pero además la mayoría de las cónyuges carecían de opinión alguna porque siempre expresaban: «Mein Mann» dice esto, o «Mein Mann» dice aquello.

La igualdad en el matrimonio era intolerable y sólo por hacer respetar su autoridad un marido arrojó al perro favorito de su esposa a un estanque. Este incidente que dejó asombrada a Sidgwick no fue nada comparado con la respuesta que le dio la agraviada sobre si había perdonado al agresor. Ella dijo: «Por qué dispensarlo, si lo único que hizo es demostrar que manda.»

Puede decirse que esta actitud jerárquica que perduró entre los germanos durante siglos se redujo un tanto en los años de la República de Weimar donde destacaron un buen número de mujeres independientes como: Elizabeth Begner y Tilla Durieux en el teatro, Sigríd Onegin y Frida Leider en la ópera; Mary Wigman en la danza; Ella Lasker-Schuller y Vicky Baum en la literatura, e incluso en el Parlamento o Reichstag donde había 111 representantes femeninas.

Desafortunadamente el nazismo trajo como consecuencia el que la mujer volviera a su único papel de «hausfrau». Por supuesto esta situación ha vuelto a ser modificada en la actualidad y ella ha recuperado su independencia aunque no participe mayormente en el Bundestag.

Otra desventaja del pueblo alemán es su idioma, el cual siempre ha sido tan difícil de digerir. Mark Twain con su gracia inimitable escribió a principios de este siglo en su ensayo «The awful german language» donde afirmaba:

«Una frase en un periódico alemán es una curiosidad sublime. Ocupa un cuarto de columna y contiene diez diferentes partes sin un orden regular, sino mezcladas. La mayoría de las palabras son compuestas y no aparecen en ningún diccionario. Se tratan 14 o 15 temas distintos cada uno de los cuales está cerrado en algún paréntesis, pero francamente a este último se le agregan algunos mayores. Aún así después de leer por varios minutos tiene uno que buscar el verbo, que al fin y al cabo será el que dará algún sentido a lo que uno trató de interpretar.»